

Las estrategias centrales del capital trasnacional*

Víctor M. Bernal Sahagún •

Pocas veces puede hacerse frente, con tanta satisfacción como responsabilidad a un compromiso como este, por el doble motivo de someter esta disertación ante la Academia Mexicana de Economía Política, y por hacerlo en la escuela donde nos hemos formado y ante la cual guardamos un profundo respeto, no exento de fraternal crítica.

Estoy convencido de que el deber de todo egresado de la institución que hoy nos acoge es el apego creativo, estricto y antidogmático a las enseñanzas de quienes fueron nuestros maestros, con algunos de los cuales tengo el honor de compartir inquietudes, trabajo cotidiano y participación en la Academia.

En aras de la rigurosidad y compromiso con los principios y categorías científicas de la Economía Política, el presente documento debería llevar el título de *Las estrategias actuales del imperialismo*, el que, además, ilustraría mejor lo que expondré en las siguientes páginas. La flexibilidad táctica hizo que me decidiera por el nombre que lleva, para alivio de las buenas conciencias modernizadoras que aseguran la superación de probadas etapas históricas y su sustitución por la

* Disertación recepcional a la Academia Mexicana de Economía Política, septiembre, 1989. El autor agradece la valiosa ayuda de Agustín González Mendoza en la recopilación estadística y bibliográfica.

• Coordinador del Seminario de Teoría del Desarrollo del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

interdependencia y una libertad económico-política tiranizada por las "fuerzas del mercado".

Es en esta falsa concepción en la que está basado todo el cuerpo teórico en el que a su vez descansan las llamadas estrategias del capital trasnacional, entendido éste como capital financiero, la trunca formada por el sistema bancario, incluidos los organismos de financiamiento multilateral, los Conglomerados Transnacionales (CTN) —industriales, comerciales y de servicio— y los gobiernos de los países que dan sustento a la existencia del orden —o del desorden— internacional vigente.

A partir de estas premisas, el análisis adquiere su verdadero significado.

Es sabido que al concluir la Segunda Guerra Mundial, y no sin contradicciones internas, se consolidan dos sistemas antagónicos claramente definidos en términos económicos, políticos e ideológicos, que enfrentarían con sus propias formas de producción y distribución a los retos del desarrollo económico.

Pese a dicho antagonismo, ambos sistemas conocen un largo periodo de crecimiento, que duraría, en el caso del capitalismo, virtualmente hasta 1970, aún en los países que por entonces eran llamados periféricos.

Durante todo este lapso, con un sistema monetario internacional por lo general estable, y un comportamiento cíclico sin fuertes postraciones, los principales vencidos en la contienda, Japón y la República Federal Alemana, reconstruyeron sus destruidos aparatos productivos financiados con masivos fondos federales y privados estadounidenses y apoyados en una larga y poderosa tradición industrial y organizativa, en un mundo capitalista bajo la hegemonía de Estados Unidos.

Firmemente anclados en sus ámbitos geográficos "naturales" de acción, en zonas secularmente influidas por sus capitales, Alemania y Japón —ya que la otrora Gran Bretaña se empecina en su ruta hacia el subdesarrollo—, el primero en Europa Occidental y el segundo en el denominado lejano Oriente, ya a fines de los sesenta y mediados de los setenta desafían el poderío industrial y comercial de Estados Unidos, en la eterna disputa, ahora no militar, por el control de la producción y los mercados.

De tal suerte es el éxito japonés y de los países integrados en 1957 en la Comunidad Económica Europea (CEE), que de 1960 a 1975 se transforma de manera importante su peso relativo en la economía

occidental: en tanto Estados Unidos pasa del 39.6 al 35.6 en el producto industrial y del 18.2 al 13.5 en las exportaciones, las cifras para el mercomún europeo crecen del 32.8 al 37.3 y del 26.7 al 37.5 y Japón virtualmente duplica sus participaciones en el mismo lapso, al pasar del 6.8 al 13.2 de la producción industrial y del 3.5 al 7.2 de las exportaciones capitalistas.

Para los siguientes siete años, de 1975 a 1982, la CEE y EUA pierden dinamismo en ambos indicadores, pero Japón continúa avanzando, y en el último año de ese periodo, 1982, ya era responsable del 16.3 por ciento de la producción industrial y 8.6 por ciento de las exportaciones.¹

La recuperación de la economía estadounidense hacia 1984, año en el que aumenta el producto interno bruto en 6.4 por ciento, modifica un poco esa situación, pero durante los años siguientes vuelve a perder vigor con incrementos del 3.0, 2.9, 2.7 y 2.5 de 1985 a 1988 respectivamente, en una tendencia generalizada entre todas las naciones de la OCDE, cuyo ritmo de crecimiento del PIB baja de 4.7 en 1984 a 2.3 en 1988, periodo en el que la producción japonesa, aunque disminuye también lo hace en menor proporción, con cifras del 5.1 al 3.5 en los mismos años, lo que le permite subir su participación en el producto y las exportaciones mundiales.²

Los gruesos datos expuestos parecen indicar, y otros aspectos cualitativos así lo confirman, que la pérdida comparativa de la economía estadounidense, sobre todo frente a Japón, es un hecho y los días de un esquema económico unipolar están contados ya que los rasgos de una multipolaridad se evidencian cada día con mayor fuerza, y abren una nueva fase de interdependencia, equilibrio y, por que no, una cooperación entre los viejos enemigos.

Pero no nos dejemos engañar por las apariencias. Sería prolijo el intento de la mera descripción de los mecanismos particulares de expansión del capital financiero trasnacional, como la definimos antes, que ha permitido a los países capitalistas avanzados llegar a su posición actual, por lo que nos limitaremos a las grandes líneas estratégicas.

¹ Shenaiev, Jesin y Judanov, tomado de Osvaldo Martínez: *et. al. Estados Unidos y la Economía Internacional*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988, p. 6.

² FUENTE: *OECD, Economic outlook*, tomado de *Informe sobre la evolución de la economía mundial*, CIEM, La Habana, 1989, p. 8.

Los arietes para romper resistencias proteccionistas y ampliar su radio de acción fueron: a) una nueva división mundial del trabajo que parceliza el proceso de producción en búsqueda de la máxima productividad corporativa; b) el sometimiento de países y regiones completas con el anzuelo del crédito externo, a partir de mediados de los setenta, con recursos que parecían ilimitados y tasas negativas de interés real; c) una ofensiva ideológica-militar que permitió colocar en las posiciones clave de los países llamados del "Tercer Mundo" a dictadores primero y a presidentes o primeros ministros electos después, al servicio de los intereses globales del capital y no de sus pueblos. Lo mismo en Corea del Sur y Filipinas que en Argentina y Brasil; y d) en contra de lo que afirma el dogmatismo neoliberal, una activa participación estatal en la gestión y el fomento de los mecanismos expansivos, tanto en el interior de sus propios territorios como en el ámbito trasnacional. Como nos recuerda un estudio de la CEPAL... "Cabe destacar que, en el Japón, la transformación de la estructura industrial ha sido un proceso semidirigido, es decir, resultante tanto de la acción del mecanismo del mercado, como de las políticas económicas del gobierno".³ Resulta claro: la economía y la política forman una unidad dialéctica.

De esta manera, la ley del valor se ha alterado drásticamente debido al creciente parasitismo de la economía mundial, y a su vez, el funcionamiento de la ley ha generado nuevas contradicciones que se expresan en el crecimiento hipertrófico de las actividades improductivas, los servicios y el capital ficticio, los cuales ya han llegado a representar el grueso de los productos brutos tanto de naciones capitalistas postindustriales como de los que vegetan bajo su férula.

Los resultados son de todos conocidos: creciente endeudamiento de las naciones más débiles que va a la par con ingentes transferencias netas de recursos hacia los bancos y organismos financieros trasnacionales: empobrecimiento de centenares de millones de personas incluidas una proporción considerable de quienes habitan el "Primer Mundo"; centralización y concentración de capital en niveles que ya se consideraban superados; desempleo estructural sin posibilidades reales e inmediatas de ser corregido y una dependencia estructural más profunda.

³ *La evolución económica del Japón y su impacto en América Latina*, Estudios e Informes de la CEPAL, ONU, Santiago, 1988, p. 16.

Desde el punto de vista estrictamente productivo, el capital trasnacional de diferente origen tiende a unificar sus estrategias de inversión, no obstante que en las formas de cohesionamiento interno en las plantas industriales, las estructuras corporativas y su relación con los instrumentos financieros, las japonesas han mostrado superioridad sobre las estadounidenses y alemanas, lo que se refleja en una ascendente influencia en las inversiones extranjeras directas, en el sistema bancario mundial y en las cuentas superavitarias comerciales y financieras, básicamente a costa de los déficit de EUA.

Simplemente en el rubro de balance comercial de industrias de chimenea, Japón tuvo un excedente de 93 721 millones de dólares con aquel país, —de 1980 a 1985—, cuyo déficit con Europa Occidental fue, para los mismos años, de 51 127 millones, de los cuales 52.7 por ciento (con 27 mil millones de dólares) correspondieron a Alemania Federal.

Si bien es cierto que los indicadores macroeconómicos muestran una pérdida de hegemonía de EUA con respecto a Japón, la CEE y en particular con la RFA, la cuestión dista mucho de ser mecánica. Veamos por qué a continuación.

Primero, porque la "hegemonía económico-política", como afirman los autores estadounidenses Pool y Stamos, "requiere de más que el poder económico: también requiere poder militar y fuerza política. Japón no tiene ninguno de los dos, y, además, muestra pocos signos de desarrollar, o querer desarrollar, su poder en ninguna de esas áreas. [...por ejemplo...] Los japoneses [...] gastan sólo el 1 por ciento de su producto interno bruto en defensa, mientras que Estados Unidos el 6 por ciento. En términos absolutos, Estados Unidos gasta 18 veces más en defensa que Japón, y deja la carga de 'salvar la democracia en el mundo' primero en los propios Estados Unidos y, en menor medida, en Europa Occidental".⁴ Yo no generalizaría el desinterés a todos los grupos nipones, pero la afirmación es esencialmente válida.

Segundo, porque la interpenetración de capitales japoneses y estadounidenses, y de éstos en Europa Occidental forman parte de la estrategia de unos y otros, no sólo como vía para enfrentar el proteccionismo comercial sino para combinar experiencias tecnológicas, disminuir riesgos cambiarios, eludir políticas fiscales, compensar

⁴ *International Economic Policy. Beyond the Trade and Debt Crisis*, Lexington, 1989, p. 107.

eventuales pérdidas en mercados locales, diversificar las fuentes financieras, obtener ventajas comparativas y, desde luego, compartir el dominio de los mercados y países de economía subordinada.

La composición de las inversiones directas de los conglomerados de EUA en el exterior nítidamente prueban lo anterior. Alrededor del 75 por ciento del total están colocadas en los países desarrollados y el 23 por ciento en los que por tantos años se les ha consolado calificándolos de "en desarrollo". Y lo mismo sucede con las inversiones del Japón o la CEE. El valor en libros de las empresas estadounidenses en Canadá, para dramatizar el ejemplo, es ya igual o está muy cercano al que corresponde al "Tercer Mundo" en su conjunto.

Dicho sea de paso, la distribución geográfica de las ganancias de las mencionadas empresas no corresponde a las ganancias enviadas a las matrices, pues las filiales y subsidiarias instaladas en la CEE, Japón o en los calificados como Dragones Asiáticos tienen tasas de rendimiento muy superiores, ya que con valores de 45.9, 3.9 y 6.4 por ciento respectivamente, contribuyeron con el 60, el 4.5 y el 9.4 por ciento, en utilidades remitidas, en el mismo orden.⁵

Y lo inverso sucede con la reinversión de beneficios, que conservan proporciones superiores al 80 por ciento en los "desarrollados", menos del 18 en los subdesarrollados, 56.3 por ciento para la CEE, 4.9 para Japón y 3.3 por ciento para los asiáticos, cuadro muy ilustrativo de lo que podemos esperar del rumbo "modernizador" de la economía capitalista actual.

Existe información suficiente y con el grado de confiabilidad aceptable para probar la aseveración de estas diferencias nacionales entre países industrializados y subdesarrollados, y al interior de ambos grupos, como la desaceleración de los gastos de investigación y desarrollo en (EUA y lo inverso en Alemania Federal y Japón, con cifras que van del 1.0 al 1.2 por ciento del producto interno bruto de los tres en 1970 hasta casi el 1.3, el 1.6 y el 2.0 por ciento, en 1985, en ese orden EUA, RFA y Japón), brechas que se han abierto en los últimos tres años⁶ y que han hecho pedir por ejemplo a una revista científica estadounidense la superación de la ortodoxia neoliberal imperante y solicitar proteccionismo científico-tecnológico y colaboración entre empresas y gobierno, como sucede con sus competidores, pero todo

nos llevaría a las conclusiones ya apuntadas antes: pese a la ruda competencia interimperialista y a los diversos y en ocasiones opuestos enfoques nacionales, la *real politik* se ha impuesto y las asociaciones, fusiones, compras apalancadas y coinversiones marcan nítidamente la comunidad de intereses que hasta ahora han definido las relaciones entre los agentes económicos y políticos establecidas por el capital financiero transnacional, que lo ha llevado a las estrategias conjuntas de los ochenta.

El crecimiento real de la producción y la riqueza de los países industrializados ha permitido que los ingresos *per cápita* de sus poblaciones hayan mejorado en los últimos años.

Tan sólo entre 1985-1986, las cifras mostraban lo siguiente:

INGRESO PER CÁPITA
1985-1986
(Miles de dólares)

	1985	1986	Variación por ciento
EUA	16.69	17.48	4.7
Japón	11.30	12.84	13.4
Alemania	10.94	12.08	10.4
México	2.08	1.86	(10.6)

FUENTE: Banco Mundial, 1985: tomado de Pool y Stamos, *op. cit.*, p. 100, 1986: *Excelsior*, 30 de agosto de 1989.

Con estos datos empezamos a observar, con mayor claridad los diversos resultados que se obtienen con la ampliación de políticas económicas aparentemente similares en cuanto a la participación del mercado y sus leyes para dirigir con su mano invisible los destinos de cada uno de los países que coexisten en el ámbito capitalista actual.

Aunque es evidente que el éxito económico que han alcanzado estas tres naciones que comandan el proceso de acumulación a escala mundial no ha sido igual para todos.

Independientemente de la reducción en las diferencias existentes entre cada uno de ellos, que han llevado a Estados Unidos a convertirse en el mayor deudor del mundo.

Autores ya citados nos dicen que ese país "en 1985 se convirtió en deudor por primera vez desde 1914. Para 1985 la deuda externa neta

⁵ *Survey of Current Business*, varios números.

⁶ *Scientific American*, "Toward a New Industrial American", June, 1989, p. 45.

total de Estados Unidos llegó a 425 mil millones de dólares y se proyectaba alcanzar un billón (un millón de millones) de dólares para 1990. En el corto plazo –añaden– esto no es una calamidad mayor para la economía más grande del mundo, pero a largo plazo es otra historia”.⁷

Desde luego que el relativo deterioro de la posición financiera de Estados Unidos debe ser matizada por dos condiciones de enorme importancia: por un lado, sigue siendo el principal acreedor del mundo, en especial de los países subdesarrollados y, por el otro, es aún el principal inversionista en el exterior. Según *The Economist*... “Durante, 1987 las inversiones directas de estadounidenses se mantuvieron en 309 mil millones de dólares; la inversión extranjera en Estados Unidos –pese a las enormes ofertas– alcanzó 262 mil millones de dólares [...]. Desde mediados de los ochenta, la inversión extranjera norteamericana se elevó más aceleradamente en comparación a la británica o japonesa”...⁸

Pero las tendencias comienzan a modificarse.

En posición inversa se encuentran Alemania y Japón, sobre todo este último, con superávit comerciales en ascenso, un sistema bancario que ya ocupa los primeros lugares del mundo y una sólida posición acreedora que les reditúa altos e ininterrumpidos flujos de ingresos netos.

Éste, en gruesas e incompletas pinceladas, es el paisaje en el que surgen, se desenvuelven y progresan las estrategias imperialistas, los proyectos integradores del gran capital financiero trasnacional, que arrasan intereses nacionales, imponen sus condiciones y subordinan a las estructuras económicas, políticas y sociales de las clases y países estructuralmente dependientes.

A riesgo de caer en sobresimplificaciones, podríamos reducir dichos proyectos a tres, con derivaciones, muchas veces autodefensivas, hacia planes integradores de menor dimensión, alcance e influencia internacional: la integración de la CEE, hacia 1992, el Mercado Común Norteamericano, que involucra a México, Estados Unidos y Canadá, y el aún difuso pero con ambiciosas perspectivas, llamado proyecto de la Cuenca del Pacífico.

De entre los planteamientos de integración subregional probablemente los más importantes sean los que se refieren a la cooperación

⁷ Pool y Stamos: *op. cit.*, p. 92.

⁸ Tornado de *Excelsior*, sección Financiera, 26 de septiembre de 1988.

entre Argentina, Brasil y Uruguay, entre México, Venezuela y Colombia y entre las naciones del Pacífico Sur, al fin de cuentas complementario de la Cuenca amplia.

Es indudable que por sus condiciones históricas, concepción eurocentrista, y complementariedad productiva, el intento de mayor cohesión y viabilidad es el que se refiere a la coalición europea, planteada, como dijimos, para 1992, sin que esto signifique menosprecio a las desigualdades inter e intrarregionales.

Con una población superior a los 320 millones de personas, en general de alto nivel productivo y de consumo, la CEE ha dado importantes pasos para la creación de un enorme mercado, que superaría incluso al de EUA. En 1988, el producto interno bruto de la primera rondaba los 4 billones 400 mil dólares y para el año en curso sin duda rebasará los 4 billones y medio, muy cercano, si no es que mayor, al estadounidense y dos veces y medio la suma del japonés y sus cuatro socios asiáticos, no obstante que se estima, para el año dos mil que el de este último grupo superará –*ceteris paribus*– al PIB de Estados Unidos.

La especialización industrial, los altos índices de producción agropecuaria y la evolución tecnológica permanente, cimentada en altas inversiones en investigación y desarrollo, hacen de una Europa unificada, y probablemente proteccionista, un gran baluarte difícil de derribar comercialmente, aunque vulnerable a la operación del capital financiero estadounidense y japonés dentro de las fronteras comunitarias.

La participación de la CEE en la producción de bienes de capital es un buen índice de su importancia económica, pues tan sólo Alemania, Francia, Italia e Inglaterra controlan más de un tercio del total mundial, Francia y Gran Bretaña fabrican el 65 por ciento de los motores a reacción, la RFA el 33 por ciento de la maquinaria de imprenta y encuadernación y el 27 por ciento de la utilizada en la industria de pulpa y papel, mientras que Inglaterra e Italia lanzan al mercado el 26 por ciento de los tractores.⁹

Pero la integración europea –y de otras áreas, como veremos posteriormente– se desenvuelve entre graves contradicciones. En primer término, debido a que no es sencillo conciliar intereses nacionales y borrar fronteras, llegar a una moneda de libre circu-

⁹ Fernando Fajnzylber: *Industrialización en América Latina: de la 'caja negra' al 'casillero vacío'*. Cuadernos de la CEPAL, núm. 60, Santiago, 1989, p. 134.

lación y convertibilidad en toda la zona (que les permita enfrentar con éxito al hasta ahora imbatible dólar estadounidense) y olvidar diferencias culturales, políticas e ideológicas, pese a la europeización de las concepciones neoliberales incluso en países con regímenes “socialistas” como Francia, España y Portugal.

Paradójicamente, para llevar adelante, hasta sus últimas consecuencias el pensamiento “liberalizador” —de un conservadurismo decimonónico— han sido indispensables las activas intervenciones de los Estados, más allá de sus funciones superestructurales. Pero la trabazón económica ha sido realizada por el capital transnacionalizado, en el que concurren empresarios, tecnología y métodos de muy diverso origen, con un predominio relativo de EUA y creciente participación japonesa, en las firmas europeas más avanzadas.

El propio camino de integración, conglomeración e internacionalización de los conglomerados transnacionales, sin importar cómo hayan surgido, las ha llevado a superar viejas formas de competencia y buscar acercamientos, fusiones y operaciones conjuntas para eludir o disminuir los riesgos de la superespecialización por la vía de diversificar sus campos de acción, lo que también conlleva serios peligros y de ahí la tendencia a la compra —muchas veces apalancada y corporativamente violenta— de entidades transnacionales de gran solidez aparente, lo que cambia el panorama económico mundial.

Investigadores de las Naciones Unidas han hecho hallazgos interesantes, que los han llevado a concluir que algunas transnacionales... “encontraron que la diversificación en áreas no relacionadas exageran las presiones sobre su experiencia gerencial, con el resultado de que no pueden competir eficazmente con firmas más especializadas en la nueva actividad [...]. Los costos directos e indirectos de la coordinación interna de los conglomerados resultan en filiales y subsidiarias con pérdidas consistentes [...]. Sin embargo, la recesión y las bajas tasas de crecimiento en los ochenta han forzado a muchas firmas diversificadas a centrarse en sus líneas de negocios más rentables y vender sus activos en otras áreas”.¹⁰ Esta situación objetiva está presente, tanto en las rutas integradoras europeas como en los proyectos estratégicos transnacionales que veremos enseguida.

El otro programa estratégico transnacionalizador es el denominado de la Cuenca del Pacífico, a la que al parecer se ha desplazado, en

sentido geográfico, el proceso de acumulación de capital, dejando el Mediterráneo a europeos y estadounidenses, con una reducción proporcional en el comercio, los servicios y la producción mundial en el Atlántico.

A la inversa de la zona europea, en la que las diferencias entre su “norte y sur” son innegables pero menos extremosas, en la vasta región del Pacífico coexisten naciones como las de la América Latina Occidental, Filipinas y Nueva Guinea junto a las llamadas NIC's, países recientemente industrializados —entre los que sobresalen Taiwán y Corea del Sur y las ciudades fábrica de Hong Kong y Singapur— Japón y Estados Unidos, con el estado de California, por hoy un territorio que por sí mismo se erige como la séptima economía mundial.

Válgaseme aquí una breve digresión para referirme a los calificados de Dragones Asiáticos, en realidad los únicos centros productivos que no han sido afectados gravemente por la crisis que ha golpeado a todo el “Tercer Mundo” y son puestos como ejemplo de las bondades de las políticas económicas neoliberales.

En un muy reciente estudio, de julio del pasado año, un autor de la Universidad Complutense de Madrid, Pablo Bustelo, anota dos aseveraciones interesantes, una de ellas expresa que: “Reducir los nuevos países industriales asiáticos a simples ‘países taller’ si bien ha podido ser acertado en algún momento de su historia, supone hoy ignorar las potencialidades propias que exhiben. La notable integración industrial que han registrado, expresada en una considerable diversificación de la producción y de las exportaciones de artículos manufacturados, así como el que presenten un grado no despreciable de autonomía tecnológica, evidenciado en las exportaciones de tecnología que realizan y en el sistemático hecho de que un país como Corea del Sur haya podido desarrollar la producción de magnetoscopios con *Know How* totalmente nacional, son aspectos que ponen en cuestión esa interpretación reduccionista”. Pero en otra parte añade que el que estas naciones... “hayan demostrado la bondad de la tesis neoclásica de que las recetas liberales son las adecuadas para el desarrollo del ‘Tercer Mundo’ es un tema algo más que polémico”. Para llegar a tal conclusión habría que demostrar, en primer lugar que la experiencia de esos países es acorde con las prescripciones neoclásicas; en segundo lugar, que las recetas liberales aplicadas en otros casos han desembocado en los mismos resultados y, en tercer lugar, que esas recomendaciones puedan ser fácilmente recogidas y puestas en práctica en el conjunto del Tercer Mundo. (En el caso de

¹⁰ *Foreign direct investment*, “The service sector and international Banking”, Nueva York, 1987, p. 17.

la segunda cuestión) baste poner los ejemplos como Chile, Uruguay o Argentina, en los que la aplicación de las políticas liberales parece haber tenido efectos precisamente opuestos.¹¹

Ambas afirmaciones tienen alguna razón pero son incompletas, parciales, si no agregamos varios elementos fundamentales:

1. Que el precio pagado por el crecimiento económico de los países semiindustrializados —o de industrialización parcial— del extremo oriente ha sido demasiado alto, con décadas de sobreexplotación y de mantenimiento de niveles infrahumanos para millones de trabajadores, a fin de acelerar la creación de excedente invertible.
2. Que, con sus particularidades internas, se trata de naciones coloniales, con territorios ocupados por fuerzas militares extranjeras, principalmente estadounidenses, que han contribuido eficazmente a mantener un orden social favorable a la actividad productiva de capitalistas, tanto nacionales como transnacionales.
3. Que por su carácter y ubicación estratégicos, lindero con el socialismo real, “pre perestroico”, se convirtieron en laboratorios de experimentación politicoeconómicos, que requirieron inversiones masivas, más con la finalidad de ser ejemplo de anticomunismo cerval en lugar de modelos democráticos de desarrollo.

Basten las imágenes de la represión brutal en Corea del Sur, antes, durante y después de los pasados juegos olímpicos para entender que el avance económico *per se* no es suficiente para mantener a un pueblo en la santa paz del trabajo asalariado.

Pero volvamos al proyecto de la Cuenca del Pacífico, concebido, por una parte, para enfrentar a la potencialidad de una Europa unificada, y, por la otra, como campo de competencia central entre Japón y las naciones del cinturón industrial que contribuyó a construir desde fines de los cincuenta y Estados Unidos.

Como decía, la heterogeneidad de la inmensa región es tan evidente que no insistiré en ella, aunque hay que agregar la presencia en el área de la Unión Soviética y China, ambos con tácticas de apertura, desiguales e inestables, pero que hacen concebir grandes esperanzas al capital transnacional de contar con una inmensa masa de consumidores, la cual, pese a la inconvertibilidad monetaria,

¹¹ “Los nuevos países industriales asiáticos y la economía internacional: dimensiones prácticas e implicaciones teóricas”, Documento de trabajo 8927, pp. 14 y 15,

podría dar un impulso sin precedentes a la reactivación capitalista así fuera por la salida a la sobreproducción relativa de centenares de corporaciones.

Y aquí permítanme una necesaria referencia al papel de los países socialistas, a quienes los teóricos y analistas neoliberales —y no pocos autodenominados “progresistas”— dan por desaparecidos.

Hay predicciones y grandes esfuerzos para que la URSS se polatice y abandone los principios centrales que siempre movieron a sus fundadores, pero —pese a los errores, que ya no sólo los enemigos sino los propios soviéticos se encargan de sacar a la luz— el socialismo real dista mucho de desaparecer. Pero hay confusión y diversionismo ideológico.

No son “progresistas” quienes en aras de la transparencia y la libertad exigen volver a la antidemocracia de los monopolios y la anarquía de las pretendidas “libres fuerzas del mercado”.

El imperialismo sueña —insisto— con un mercado abierto de 1 500 millones de ávidos consumidores pero estoy convencido que en los países de denotado socialismo “real” existen pueblos que no renunciarán a lo conquistado en seguridad social, educación, salud, vivienda y sus aspiraciones a la realización plena del hombre en la colaboración y la emulación en vez de la competencia y la destrucción mutua, para lanzarse en contra de sus vecinos en pos de un automóvil que probablemente ninguno vaya a tener o que, si alguno lo consigue, aumentará en vez de resolver, la mayoría de los problemas sociales.

La manera de medir el desarrollo económico debe cambiar pues los indicadores tradicionales no nos sirven de mucho y Europa, EUA, Japón, Alemania, Corea del Sur nos darán los buenos ejemplos.

No se puede negar que el poder y la riqueza en una cuantas manos, que cada día son menos proporcionalmente, han logrado llevar a las fuerzas productivas a un desarrollo nunca antes visto, que la aplicación productiva de los resultados de la investigación básica ha reducido los plazos para arrojar nuevas mercancías a la circulación... que al poco tiempo se descubre que nunca debieron ser fabricadas.

Esto ha conducido al derroche, al militarismo, a la concentración de la riqueza y ha colocado a la humanidad al borde de la destrucción, como lo podemos constatar cotidianamente en esta Ciudad de México, a quien desean involucrar en los proyectos estratégicos transnacionales, porque así conviene a los grupos dominantes.

Las esperanzas depositadas en el futuro de la Cuenca del Pacífico están muy lejos de disponer de un sustento real, por las condiciones objetivas y los intereses de cada país de la región.

La meta no es crear uno, diez, o veinte Sudcoreas sino optimizar los esquemas productivos estadounidenses para competir con las firmas japonesas y de éstas para competir por el mayor mercado de la historia. En otros términos, ante las dificultades de una guerra de conquista se busca la expansión territorial productiva indirecta de los países hegemónicos, y los recursos naturales, fuerza de trabajo y cercanía geográfica hacen ideal a México y otras naciones latinoamericanas para lograrlo.

En realidad, la Cuenca del Pacífico es, cada vez en mayor medida, el escenario de una confrontación económica estratégica entre Estados Unidos y Japón, en la cual, a diferencia de los resultados bélicos de la Segunda Guerra Mundial, ahora está siendo ganada por los orientales merced al envejecimiento comparativo de las técnicas y métodos de organización estadounidenses.

He aquí algunos resultados de la estrategia japonesa, forzada en parte por su carácter de país desprovisto de materias primas y energéticos.

El consumo de petróleo crudo, por ejemplo, ha disminuido en un 25.7 por ciento en términos absolutos y casi un 40 por ciento en relativos (por mil millones de yenes del PIB) y el consumo aparente del acero en 12.4 y 28.8 respectivamente, entre 1980 y 1986.

Igualmente, dentro de las importaciones de insumos industriales es cada vez menor el peso de las materias primas, y mayor el de alimentos, bienes de consumo directo y productos químicos, lo que revela adelantos en la racionalización, desde la perspectiva del Japón.

Desde otro ángulo, se ha sobreestimado el papel del sector externo en el crecimiento de ese país.

Un estudio de la CEPAL indica que... "Las estadísticas de comercio exterior no tienden a confirmar la tesis de que el sector exportador ha sido el motor del crecimiento económico del Japón. Pese a que el coeficiente de exportación creció de 8.1 por ciento en 1962 a 13.2 por ciento en 1985, es todavía bastante bajo comparado con el de otros países desarrollados, donde varía desde 20 por ciento en Francia hasta más de 50 por ciento en los Países Bajos.

Mientras para el conjunto de la economía el factor exportaciones no representa una magnitud significativa, para algunos sectores de

la industria manufacturera el mercado externo tiene alta prioridad".¹² Sobre todo en comisiones (41 por ciento de su producción), motocicletas (63 por ciento), vehículos de pasajeros (68 por ciento), autobuses y barcos (casi la totalidad) y televisores (83 por ciento).

Estas tendencias estructurales del Japón tienen serias repercusiones en Latinoamérica, y no únicamente en la que corresponde al Pacífico. El estudio cepalino citado, con abundantes referencias empíricas, demuestra que.. "se trata de un grupo reducido de países latinoamericanos que poseen una estructura industrial relativamente desarrollada (Brasil, México, Argentina, Chile, Perú, Venezuela). Además, serían productos de escaso valor agregado y cuyos precios muestran una pronunciada tendencia a la baja en el largo plazo.

Por lo tanto, el aprovechamiento del ajuste industrial japonés por los países de América Latina tendría serias limitaciones, tanto geográficas como estructurales, y prevalecerían los efectos negativos en la región en su conjunto, debido a su vocación periférica de exportadora de insumos básicos para la industria."¹³

De tal suerte, sólo queda, para los partidarios de la integración de México a este difundido programa de la Cuenca del Pacífico, la apertura total de sus estructuras geoeconómicas, en el papel de arrendatario, para que las empresas niponas las utilicen como plataformas de exportación, con beneficios residuales en empleo y obtención de divisas.

El tercer —y último proyecto trasnacional— que deseo exponer ante ustedes es el más conocido pues es de vieja data y hasta ahora nos ha afectado en mayor medida. El viejo "sueño americano" del mercado común del norte del continente, del Suchiate hasta Alaska.

Un colega canadiense comentaba hace algunos meses que el sueño dorado de los empresarios de su país era fundar una compañía para luego vendérsela a los estadounidenses.

Es sabido que en México ésta es una situación familiar, con el agravante de que el producto de las ventas irá a la especulación, a la compra de bienes raíces en Estados Unidos o algún paraíso fiscal, o más recientemente, a la compra de paraestatales a precios de ganga y asociados a empresas trasnacionales.

¹² *Estudios e informes de la CEPAL*, núm. 70, "La evolución económica del Japón y su impacto en América Latina", Santiago, 1988, p. 19.

¹³ *Ibidem*, p. 75.

Éstas son las condiciones desiguales, asimétricas en las que se plantea la creación del Mercado Común Norteamericano, en el que participarían los tres nortños del continente.

A diferencia de la bipolaridad en la Cuenca del Pacífico, el diseño de este tercer programa de integración tiene un mayor determinante geopolítico con la finalidad de consolidar sistemas de seguridad intracontinental, además de las posibilidades efectivas de aumento en la disponibilidad de recursos básicos y fuerza de trabajo.

Igualmente, en tanto Japón ha creado un poderoso cinturón industrial y su poder financiero y productivo va en ascenso, en colaboración con las burguesías de su región de influencia, Estados Unidos no ve ni en Canadá ni en México y menos en el resto de América Latina, a posibles socios sino a una región conflictiva pese a que la ha considerado tradicionalmente como su patio trasero.

Hacia el sur, se contemplan un grupo de países empobrecidos, con una industria desmantelada, una agricultura en ruinas y grandes masas en la miseria, varios de ellos con movimientos insurgentes, quizá espontáneos pero en camino de organización.

Y no podemos omitir que en el interior del país más rico del mundo existen —con todas las diferencias guardadas— tantos miserables como la población total de Centro América y que la producción, importación y consumo de drogas se ha convertido en un problema de seguridad nacional, que alcanza a los más altos círculos del poder económico y político, con ingresos equivalentes a los de los mayores conglomerados trasnacionales. Estos son sólo algunos hechos presentes que deben ser considerados para cualquier cálculo en la integración con el norte, una integración que, desde el punto de vista práctico se ha estado dando silenciosa pero efectivamente al menos desde la Segunda Guerra Mundial.

No insistiré en la serie de dificultades de toda índole que existen entre los tres países, más graves y profundas entre México y Estados Unidos, como las transferencias netas de riqueza hacia el segundo, por concepto de términos de intercambio inequitativo, desequilibrios comerciales, pagos de intereses, regalías, utilidades y otros rubros que en gran medida han traído como resultado el abultamiento imparable de la deuda externa mexicana, que por sí misma constituye un riesgo para la soberanía popular, con y sin integración.

Pero tampoco podemos caer en el reduccionismo aislacionista. Sería poco menos que ridículo, insostenible proclamar un rompimiento con el imperialismo pese a que conocemos, quizá no tan

profundamente como deseamos, los nocivos efectos que ha traído a nuestras sociedades, a nuestra América.

Sin embargo, los proyectos trasnacionales de integración nos siguen asignando un papel secundario, subordinado y dependiente en un mundo pensado por y para el gran capital, ante la complacencia y colaboracionismo de los grupos gobernantes locales.

La retención y uso productivo del ahorro interno no es ni será posible insertando a México —y a América Latina— en esos grandes proyectos estratégicos con objetivos y medios totalmente contradictorios a un destino nacional y mucho menos lo será si esa inserción se da en la forma pasiva que han estado permitiendo quienes aún retienen el poder económico y político de la región, en su mayoría formados en una concepción económica y política excluyente de los intereses de los pueblos a los que dicen servir.

Mientras se siga pensando que nuestro destino inevitable es la subordinación, los crecientes pagos por tecnología y métodos de producción y consumo trasnacional que no corresponden por lo general a las necesidades nacionales, en pocas palabras, que el único camino es el que ya han recorrido los países actualmente industrializados o en la llamada etapa posindustrial únicamente lograremos tener una población permanentemente frustrada.

¿Realmente debemos modernizarnos en la imitación burda y acrítica de los arquetipos estadounidenses, europeo, japonés o aún de algunos países socialistas?

En mi modesto juicio, somos capaces de encontrar nuestro propio camino de organización económica, política, social y cultural para dar satisfacción a las necesidades de empleo, alimentación, vivienda, educación y ocio de nuestros compatriotas, en la unidad y colaboración internacional y popular, que de ninguna manera puede estar basado en esquemas dogmáticos y cuerpos pretendidamente teóricos que han demostrado su fracaso a pesar de haber llevado los mecanismos tecnológicos y administrativos a niveles de eficiencia jamás antes alcanzados.

La Economía Política, como instrumento de análisis y acción, puede y debe convertirse en la guía para un cambio radical, democrático y popular en su esencia, pero riguroso y científico en su aplicación.